

LA EUROPA REGIONAL DE ESTRASBURGO Y LA VERDADERA EUROPA CONTINENTAL

Europa se halla en trance de reforma, por más que, de una parte, los intereses creados, y de otra, los partidismos políticos y las ideologías se hayan puesto de consuno para estorbar esa reforma que está haciendo falta. Mas la Historia es una fuerza que trabaja de acuerdo y en contra de la voluntad del hombre, según los vientos, sin que contra ella valga adoptar actitudes de desaprensión o irresponsabilidad; porque los hechos vienen de suyo y se imponen con su apremio o con su inexorable presencia. Esos hechos son los que ahora —y ciego será el que no lo vea— están trabajando en pro de la reforma de unos principios de convivencia continental que se han quedado viejos e incapaces de regir una actualidad tumultuosa, arrolladora, inesquivable. La dulce soledad con que los países fuertes pudieron vivir *autárcicamente* (1) en la etapa de las economías nacionales, que, a lo más, si necesitaban algún complemento parcial, se lo traían por el fácil camino de un convenio bilateral con aquel mercado que, en tal o cual momento, les placiera más asequible, es hoy angustiosa necesidad de compañía e integración, es irrenunciable tendencia hacia lo que la complejidad de la vida moderna ha hecho centro y fin de toda política inteligente y de largo alcance, a saber: la «continentalidad» formal de problemas y remedios. No hay ya cuestiones nacionales, porque realmente *ya no hay naciones*, por más que la inercia de las fuerzas constitucionales y la gobernación al uso se aferren al esquema que Renacimiento y Liberalismo idearon un día. Y como no hay naciones, tampoco hay economías nacionales, sino una economía de órbita más vasta, que está casi a punto de poder coincidir con la órbita de cada «Continente» o estructura, homogénea en principios determinantes de la conducta, aunque variada en resultados y realidades (2).

(1) Uso los términos *autarcía*, *autárcico*, *autárcicamente* (de *aut'arkia*, griego) como equivalentes de «hastarse-a-sí-mismo». Y no empleo *autarquía*, porque esta palabra (de *aut'aríia*, griego) significa, en realidad, *autodominio* y envuelve un concepto más concreto. Si ambos términos se han confundido en el lenguaje habitual de nuestros tratadistas de derecho y economía, se debe a un influjo de la nomenclatura alemana y a un desconocimiento de las leyes de derivación de los grecismos.

(2) Sobre la idea de *Continente*, véase mi trabajo en «Cuadernos de Estudios Africanos», núm. 13. bajo el título de *Discurso sobre la continentalización de Eurásica* (páginas 9-26).

Así ha nacido en las mentes de los estadistas más desinteresados de doctrinarismos rutinarios la premisa de que Europa es una forma con significación propia, un orden o sintaxis de valores y apetencias, un entramado de fuerzas con un centro nuclear de índole cultural. Esa Europa, aún en nacimiento, dista largamente de aquella otra apelación homónima a la que, con un concepto más geográfico que político, se aludía en tiempos relativamente cercanos, pero ya definitivamente caducados. De ser un vocablo geográfico, o, todo lo más, un agregado o colectividad de unidades autárquicas y autárquicas, a ciertos efectos, Europa ha pasado a ser un concepto político global, configurador y definidor de una estructura abstractamente unitaria, aunque en su concreta modulación histórica parezca todavía plural y hasta pululante de desidencias. Pero la colmena de ese enjambre de pueblos existe ya como vaso o continente. Y esa colmena tiene unas paredes, un recinto bien perfilado, totalmente concluso sobre sus líneas ideales. De un modo abstracto, todos sabemos, en vago, a qué nos referimos cuando pronunciamos hoy la palabra Europa.

Los esfuerzos de Estrasburgo.

Pero al querer aplicar a la multiforme realidad geográfica de Europa el claro esquema intelectual de la que entendemos por *realidad política de Europa*, entonces viene el desencaje y el comprobar que nos sobra o falta materia para llenar de contenido ese esquema. Es lo que ha pasado en la Asamblea de Estrasburgo al intentar la redacción de una carta constitucional de ámbito europeo. La vigorosa mentalidad de un Paul Reynaud o de un Brentano ha chocado allí con la retardataria miopía de quienes se contentarían con hacer de Europa «un concierto de pueblos libres y soberanos», olvidando que ese supuesto concierto ya se dió un día por existente y se comprobó que no era tal concierto, sino algarabía y disonante discordia. Europa no puede ser una estructura con cierta *organicidad*, si previamente no se la piensa «*sub specie unitatis*». Y para que esa unidad emerja de la confusa marea de contradicciones y rivalidades que todavía hace chocar, unos con otros, a esos acorazados o caparazones de tortugas que son los *sistemas políticos nacionales*, hay que atender a las internas fuerzas de germinación y crecimiento, que están plasmando el porvenir, y no a las inmediatas y extrínsecas deformaciones fósiles ya en camino de fosilización, que se presentan a simple vista como la realidad de Europa. Hace falta la *visión oscura* de los rayos X o, siquiera, la percepción ciega, pero certera, del zahorí que siente en su pulso latir las corrientes subterráneas. Quizá esa Europa hacia la que nos sentimos tirantes y polarizados, no aflora de la tiniebla y hay que presentirla con el olfato, como en plena singladura por la niebla per-

cibimos la tierra firme, por la vaharada del bosque y los chillidos de los alciones.

Pero Europa está ya en nosotros como un impulso o, si se quiere, como una imagen o causa formal que nos determina la conducta y el pensamiento. Esa misma sensación de mancuerna, de mutilación, de carencia y de vacío que nos abruma, pudiéramos traducirla por la viva e insoslayable nostalgia que de sí misma nos produce la Europa en semilla. Estamos menesterosos de plenitud, de autarcía, de integración. Si hasta ahora vivíamos satisfechos en nuestra patria, y esa patria nos bastaba para el vuelo de nuestras aspiraciones, notamos ya la estrechez del horizonte y nos escuece en el corazón la añoranza de más anchas posibilidades humanas. El hombre europeo ha crecido y le queda corto el traje de su nacionalidad; tan corto, que se le estalla por todas las costuras.

Esta situación de tensa menesterosidad la experimentan todos los pueblos, que ven cómo su nivel de vida baja si no venden sus productos, y cómo el hambre y la miseria se les viene encima si no compran los bienes que necesitan. Semejante estado de carencia lleva lógica y vitalmente a cada nación —como un día llevó a cada región o comarca— a incorporarse o crecer, fundiéndose con otra y otra hasta formar un *orbe* capacitado para realizar todo el metabolismo que la compleja vida moderna requiere. Esto es lo que me atreví a llamar «continentalización» en otra coyuntura (3). El fenómeno de «continentalización», de las necesidades económicas y de los problemas políticos es una evidencia que no necesita demostración ni prueba. Pero históricamente es también un hecho irrefutable que los hombres han acabado siempre por acomodar sus estructuras jurídicas de ámbito político al formato de sus necesidades económicas y de sus problemas de convivencia. Y si el formato de las necesidades y de los problemas del hombre europeo —sea cual fuere su concreta nacionalidad— tiene ya dimensiones continentales, esas mismas dimensiones habrá de adoptar la estructura política formal de la convivencia europea. Es decir: que necesidades y problemas «continentalizados» en su extensión sólo se satisfacen y resuelven con una política también «continentalizada», lo cual exige unos órganos en forzosa y correlativa adecuación. En Estrasburgo se ha empezado a dibujar con clara lineación conceptual esta realidad. De las ideas nacerán las decisiones, y de las decisiones las normas.

Resistencias a la continentalización.

No han de extrañarnos las resistencias que a la «continentalización» política ponen aún muchas gentes. En Estrasburgo luchan ahora tendencias que, sin negar la realidad de la obligada interdependencia de los

(3) Véase nota 2

pueblos europeos, quiere cada una llevar a término un tipo de europeización que se amolde a sus peculiares prejuicios y apriorismos sistemáticos, sin mirar poco ni mucho a si esos apriorismos chocan con la realidad posible. Tal es la postura de los socialistas, de los demócratas liberales, de los nacionalistas inclusive. Y lo más dañino de cuanto en Estrasburgo está sucediendo, es que las diversas tendencias —las ya citadas y la demócrata cristiana— parecen enfocarse en la conciliación europea, no para una estable y larga convivencia continental, sino con fines preferentes de estrategia. Se busca la unidad —absoluta, federal, confederal o de simple acción hacia afuera— *para oponerse a la agresión, no para implantar un orden nuevo*, que es lo único que podrá «continentalizar» de veras los problemas y las soluciones que hoy apremian a todas y cada una de las naciones que son miembros natos de cualquier europeidad rectamente concebida.

Gran Bretaña se ha mostrado, por boca de A. Eden, propicia a *colaborar* en la europeización, pero no a *incorporarse* a ella en todas sus implicaciones, pues no en balde Gran Bretaña forma la cabeza o núcleo de otra estructura también «continentalizadora», por cuanto la Comunidad Británica es un mundo que, si a ciertos efectos y semejanzas posee una connotación europea, en su íntima e intransferible personalidad la rebasa y trasciende, o, para ser más exactos, la proyecta sobre todo el planeta. Si vale la metáfora, diré que la Comunidad Británica es la sombra de Europa en el resto de la geografía. Y la sombra, aunque va inseparablemente unida al cuerpo, nunca se puede confundir con él. Ni, por tanto, se confundirá nunca Gran Bretaña —mientras sea nuez de la Comunidad Británica de Naciones— con Europa, a la que, sin embargo, está inseparablemente ligada por razón de sustancial dependencia. De ahí que pretender forzar a Gran Bretaña a que se incorpore físicamente a Europa, como parecen exigir los estadistas franceses, equivalga a salirse de la realidad. Podrá, si mucho la apuran —y conviene que le apuren—, *solidarizar su destino* Gran Bretaña con el de Europa (lo que sería una garantía para Francia contra la posible hegemonía alemana), pero no podrá nunca Gran Bretaña formar parte de un sistema que, por principio, ha de ser europeo, y al que, sinceramente pensando, ni los indios ni los pakistaníes, ni los ceilaneses, ni los negros de Africa son, de grado o por fuerza, incorporables. Gran Bretaña sólo es Europa en un sentido muy condicionado, menos, desde luego, que el hijo es la madre mientras umbilicalmente le está unido. Para que Gran Bretaña fuese de todo en todo europea y se considerase tal a sí misma, habría de haber quedado antes sola y sin sus Dominios. Es decir: será pura y simplemente europea Gran Bretaña cuando haya perdido su condición imperial y colonizadora, cosa que para Europa, paradójicamente, equivaldría a un gravísimo desastre político y económico, pues con todos sus defectos —y muchos tiene—, Gran Bretaña es hoy *una Europa fuera de Europa*, y merced

a ella el prestigio de lo europeo polariza hacia su brillo astral muchas voluntades en los demás Continentes geográficos y políticos.

Por otra parte, y diríase que en tal postura influye directamente el instinto de conservación e individualidad, instinto que es ciego y lo sienten hasta los más burdos patanes del último islote británico, el pueblo de Gran Bretaña se resiste a comprometerse plenamente en una estructura unitaria o federal de Europa. Quizá sea ése un fenómeno de estolidez y rutinaria pereza o, como puntualiza Arnold Toynbee —el célebre historiador—, un caso de *snobism*, muy británico. Pero la incuestionable verdad es que, hoy por hoy, a pesar de la minoría de ideólogos que en la Gran Bretaña abogan, con Toynbee al frente, por la integración a Europa, la opinión más generalizada del país —sin distinción de partidos— rechaza todo compromiso «continental». No obstante, entiendo que la promesa solemne —y mejor si esa promesa queda escriturada en un protocolo— de que Gran Bretaña actuaría, llegado el caso, con toda su fuerza a favor de la Europa unificada, si algún agresor cayese sobre ésta, basta y sobra para que la «continentalización» —lo mismo en el terreno político, que en el económico, que en el militar— avance con paso seguro y sin preocuparse por su flanco atlántico. Y esa promesa está ya virtualmente dada por Anthony Eden, en representación del actual Gobierno y del partido conservador, lo mismo que por su antecesor Herbert Morrison, que representaba al laborismo.

Hay otras resistencias peores, por nacer de propio núcleo continentalizador: son la mutua incompatibilidad entre algunos miembros de la planeada unión (Francia y Alemania, por ejemplo) y la pugna entre las ideologías y partidos que aspiran a imponer su cuño en el futuro sistema. El socialismo quisiera una Europa plasmada por él, y de esa Europa barrería todas las formas burguesas de convivencia y relación. La democracia cristiana parece postular una federación corporatizada, aunque todavía no se ha dicho claramente en qué consistiría esa corporatización, ni tampoco se han puesto de acuerdo los partidos demócratas cristianos de los distintos países europeos: Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Holanda. A su vez, Escandinavia —Noruega, Suecia y Dinamarca— sigue sin decidirse a entrar en el juego de la «continentalización», sin duda porque este juego ha empezado a *pintar por espadas*, y nada aborrece más el escandinavo que verse metido en el berenjenal enredoso de un conflicto bélico, aunque ese conflicto sea sólo hipótesis y acaso no llegue a hacerse realidad trágica. De haberse iniciado la «continentalización» por su lado económico, otra sería acaso la ventura de los debates habidos hasta ahora en Estrasburgo. Pero allí hablan todos de ponerse de acuerdo y unirse *contra* alguien o algo que avanza en el horizonte. No se piensa a Europa *desde ella misma*, desde su propio destino y desde su propia necesidad de vida, sino *desde el peligro exterior*, que la amenaza. Cuando, posiblemente, el peligro grave para Europa es el gu-

sano que lleva dentro de cada uno de sus miembros, royéndolos, gusano que se llama carencia, miseria, necesidad. La tangible realidad de que cada país europeo se siente insuficiente para existir *a nivel de vida noble* debiera ser el móvil de todo empeño integrador. Y entonces, mirándose a sí mismos, los escandinavos comprenderían que su seguridad estaba en formar un compuesto duradero y firme con los germanos y los mediterráneos, por lo pronto, y, en su día —si ese día llega—, con los eslavos y sus afines. En Estrasburgo, al grito de alarma que pegó el «Tío Sam» desde el Capitolio de Washington, se han apresurado a decirse unos a los otros, los delegados de cada país europeo: ¡Que viene «el Coco»!, ¡vamos a unirnos contra él! Y ya se sabe que siempre hay niños «repipis» que no creen en «el Coco», lo mismo que hay conejos que confunden al galgo con el podenco. Esto de anteponer en el proceso formativo de Europa la unidad estratégica a la unidad económica, y subordinar ésta a aquélla, da por resultas que se hagan atrás muchos que no ven el peligro o que no se sienten gallos de pelea, sino cachazudos fabricantes y ciudadanos confortables. Y facilita, además, razones para que el supuesto Coco y sus duendes —Rusia y sus satélites, en este caso— argumenten en plan de víctimas, haciéndose los cándidos enanitos que sólo se atarean y trajinan en rendir honores y prestar servicio a la Princesa Blanca Nieves de la *Justicia Social*, mientras el Ogro capitalista mueve sus manazas contra ellos y la Princesa. Téngase en cuenta que Escandinavia —tierra de privilegiada nivelación económica y humana— ama y siente el mito materialista de la comodidad y repugna meterse en experiencias que, ya de entrada, piden sacrificio. Hasta ahora, todos los proyectos de unificación europea se han aireado como *banderines de enganche* para una cruzada, *no como soluciones* a la compleja problemática de todas y cada una de las unidades políticas que forman el ajedrez del «Continente».

Otro error básico.

Y otro error de planteamiento: tanto los socialistas como los demócratas cristianos, como los vagos ideólogos de textura liberal, han configurado en sus parrafadas una Europa uniforme, homogénea, monótona. Continente de tan parcelada cultura como Europa no puede ser unificado a la gruesa y en masa, como un latifundio. Cada miembro tiene su propio tejido histórico, su manera de vida, su estilo, su color, su sensibilidad, su melodía, su orgullo de casta, y esas diferencias pueden ser lo mismo razones para la total autonomía que fuerzas para la armoniosa incorporación a la sinfonía política continental. Todo depende de que se las reconozca o se las niegue en el sistema proyectado. La Europa uniforme que, sobre todo, los socialistas reclaman, supondría el brutal

asesinato y *masificación* de las distintas personalidades históricas para crear con sus cadáveres un monstruo o Leviatán rudimentario y sin matices espirituales. Pero la plástica que manipula materia o pasta muerta nunca sacará una estatua viviente. Es natural que, por reacción de propia defensa, las naciones europeas se resistan a declinarse todas por el mismo paradigma. En la unificación no han de desaparecer las individuales e intransferibles estructuras, sino tejerse y ligarse por engranajes y coyunturas. «Continentalizar» no es fundir diversos metales para producir un metal nuevo, sino casar formas y armonizar los diversos cánticos en una misma música. Un «Continento político» guarda semejanza con un coro bien conjuntado, en el cual cada voz suena con su timbre y traza su línea melódica. La unificación europea, en suma, no ha de hacerse *hacia dentro*, borrando fronteras y estilos de comportamiento y de creación cultural, sino *hacia afuera*, imponiendo una decisión y una autarcía, de cara a los demás «Continentes políticos».

Las tres comunidades en marcha.

Diverso es el ritmo de avance de las tres comunidades en que tiende Europa a irse unificando. La *comunidad estratégica* se encuentra detenida en su primera fase de recluta y movilización de fuerzas. La *comunidad económica* parece estar a punto de funcionar ya como un poder de administración regional de la producción carbonera y siderúrgica. Pero la *comunidad política* todavía no ha hallado su fórmula de expresión. En la Asamblea de Estrasburgo de enero último, después de oídos los informes del *Consejo de Europa* y de la futura *Unión Occidental* de los seis —Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—, se acordó enviar a sus Comisiones respectivas el estudio de la mutua relación entre las dos estructuras continental y regional. Y, por lo que atañe al proyecto de Carta constitutiva, que el alemán von Brentano presentó en calidad de técnico en la materia, tanto el *Consejo de Europa* como la *Unión Occidental* expresaron divergencias tales, que el proyecto habrá de ser nuevamente refundido por la Comisión elegida al efecto. La Asamblea Consultiva del Consejo de Europa resolvió también entregar a las Comisiones interesadas el informe de la Asamblea preconstituyente europea con los proyectos de creación de una *comunidad política*. En cambio, la *comunidad económica*, si bien restringida por ahora a los signatarios del llamado Plan Schuman, ha dado algunos pasos seguros y puede decirse que ha pasado ya de su fase de nuevo proyecto. Funciona en Sarrebruck la Junta de técnicos que, bajo la égida de M. Monet, están articulando las piezas del mecanismo. La *comunidad económica* ha establecido ya un presupuesto, que habrá de cubrirse con el uno por ciento del mercado del carbón y del acero de los seis países miembros. La

Asamblea de esta comunidad designó ya, en su última reunión de Estrasburgo, las siete Comisiones permanentes a cuyo cargo correrá el funcionamiento del sistema.

Distinta es la suerte de la *comunidad estratégica*. Los Tratados de París y de Bonn, que la crearon sobre el papel, aguardan aún la ratificación de Francia y de Alemania. Apenas ha variado la situación desde el verano pasado. Las ideas expuestas por mí en el número 10 de estos *CUADERNOS* (4) no han perdido actualidad. En Bélgica mismo hay sus dudas de que los acuerdos sobre la Comunidad de Defensa no se opongan a las cláusulas de la actual Constitución del país. Los Parlamentos de París y de Bonn se han declarado hostiles a la letra, cuando menos, si no claramente al espíritu, de dichos acuerdos. Reynaud ha vuelto a exigir, desde Estrasburgo, la integración de Gran Bretaña en la comunidad estratégica, para que Francia se considere garantizada frente al superior poderío militar e industrial de Alemania. La posición negativa del nacionalismo francés, desde la extrema derecha a la extrema izquierda liberal —De Gaulle-Herriot—, apenas resulta corregida por la titubeante postura oficial del Gobierno de París, el cual, sin atreverse a desdecirse de los acuerdos que firmó en mayo último, tampoco se siente con fuerzas para presentar, de cara, en el Parlamento o Asamblea la batalla de la ratificación. Por más que desde Washington se presione a Francia, no puede ésta de golpe quitarse de encima su montaña de prevenciones contra Alemania. La idea de *européizar el ejército* como base de partida para montar el dispositivo estratégico de Europa, es una idea francesa —de René Pleven— lo mismo que es idea francesa —de Monet-Schuman— la *européización del carbón y del acero*. Pero contra ella se han alzado, con violencia, los manes «patrióticos» de De Gaulle, que postula un *ejército nacional francés* y exige que ese ejército sea siempre más voluminoso que el alemán. Paralizada así la comunidad estratégica de Europa (de una Europa *regional* y no *continental* todavía, pues sólo componen el *ejército europeo* los mismos seis países que forman la *unión occidental* de Bruselas y la *comunidad económica del carbón y del acero*, a saber: Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo), tendrán que reunirse de nuevo los Ministros de Asuntos Exteriores de esos países y tratar de hallar solución a las dificultades en que está encallado el proyecto. Francia pone como condición previa para ratificar los convenios de París y de Bonn —*ejército europeo y paz con Alemania*—, que *se europeice el territorio del Sarre*, cosa a la que vienen poniendo tozuda resistencia los políticos alemanes de todos los pelos. Parece más que probable que, en todo caso, la comunidad estratégica, organizada sobre la plataforma de un *ejército europeo*, va a te-

(4) *Binomio de la actualidad europea* (págs. 21-41), junio de 1952.

ner que experimentar modificaciones importantes respecto al esquema en que está pensada ahora. Lo terrible sería que el presunio agresor, contra el que esa Comunidad de defensa está planeada, se lanzase al asalto, mientras discuten los estrategas y estadistas europeos la mejor manera de organizar sus fuerzas. Es la alarma con que Adenauer clama, todas las semanas, para ver si así consigue manos libres.

Desadecuación entre estas tres comunidades y Europa.

Más que la europeización cabal y plena, lo que hasta ahora se está intentando es crear el núcleo de Europa. Ni la comunidad estratégica, ni la comunidad económica, ni la comunidad política, que se definen y configuran en Estrasburgo, son de radio *continental*, sino *regional*. Estamos, pues, ante un proceso de *europeización* en germen, no ante una auténtica y global «continentalización» de la economía, la estrategia y la estructura política.

¿Es ésta la causa de que la unificación de Europa vaya de tropezón en tropezón, sin haber cuajado en nada serio todavía? Desde el momento en que el proceso *europeizador* se plantea entre los países que forman la llamada «Pequeña Europa», que es la de la Unión pactada en Bruselas por los seis —Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—, surge en seguida el escollo de los recelos mutuos que hay entre Alemania, de un lado, y los cinco restantes, del otro. Y así se está viendo cómo, en realidad, todas las dificultades, emergidas hasta ahora para la unificación de ese bloque, provienen del temor que Francia, Bélgica y Holanda sienten ante la vitalidad demográfica e industrial de Alemania. Por ello, entiendo que la irresoluble antítesis sólo se salvará proyectándola sobre otro plano más vasto. Es decir, desconcentrando el problema y diluyendo su agua regia en ese amplio mar de posibilidades que ofrece la «Gran Europa». Si es inviable la unificación de la «Pequeña Europa» —porque en su seno se arremolinan todas las rencillas que encizañan la vida del Continente—, procede abrir el ángulo de enfoque sobre el arduo problema y ver así las cosas desde más alto, desde la plena continentalidad, para que en esa perspectiva queden reducidas las proporciones, hoy gigantes, de la polaridad franco-alemana. Con el contrapeso de seguridad que llevarían al antagonismo de París y Bonn (o París y Berlín, en su día), los otros términos de la *ecuación Europa*, ninguna duda razonable puede haber de que la armonía del conjunto y la mutua complementación serían realidad maciza y sin hendidura. La incorporación de Escandinavia, de Finlandia, de Grecia, de la Península Ibérica, de Suiza, situaría las cosas a otra luz y plantearía el problema en otros términos; en los únicos términos de los que resultará la ecuación que se busca. A la *Europa continental*, a la Europa entera que se bastaría a sí

propia para ser y funcionar como poder decisivo en el planeta, *hay que pensarla*, no por fracciones, sino *globalmente*. Si es un problema difícil y complicado la unidad de Europa, exige el *tratamiento de totalidad* que para su solución requieren todos los problemas. No hay soluciones parciales. Los distintos términos de la ecuación son entre sí solidarios y traban una misma sintaxis de hechos, *un sentido indivisible*. Europa es una palabra con su concepto o significado o significación, sin vacíos y sin posibilidad de que quepa el todo de su contenido en una sola de sus tres sílabas. Europa es una trilogía demográfica; mediterraneidad latina, centralidad germano-eslava, y allá, por lo alto, el casquete escandinavo-finico. Y aunque de momento —y hasta tanto que no esté liberado el bloque de naciones europeas absorbidas hoy por el comunismo— haya que articular la unidad de Europa de manera provisoria, y diríamos que condicionada, eso no implica que no debemos *pensarla en su cabal «continentalidad»*.

Y para semejante «continentalización» del problema, lo primero sería situarse en el punto de vista desde el cual se abarque el complejo en todos sus términos y sin astigmatismos. A Europa, como unidad, hay que verla desde un centro o vértice que políticamente equidiste de todos los intereses en pugna. Hay que verla *desde su cabeza* y no desde cualquiera de sus vísceras, bien o mal humoradas, porque el orden nace de la serena altura de la razón y no del cambiante oleaje de los sentimientos. La cabeza de un pueblo es su metrópoli urbana. ¿Qué metrópoli o capitalidad urbana es hoy realmente *centro del horizonte Europa*? Las discusiones sobre la «europeización» están, diríamos, domiciliadas, de paso en Estrasburgo. Pero Estrasburgo es hoy una ciudad francesa, como ayer lo fué alemana, y en ella la Asamblea de deliberantes sobre la unificación de Europa reside en transitivo y con la misma precariedad que el viajero que se hospeda en un hotel. Europa necesita tener casa propia para sus órganos constituyentes y deliberantes. Un hogar y no un hospedaje. Buscar, elegir una capitalidad —Estrasburgo o la que sea, en esa zona nuclear del Rin—, me parece tarea previa a todas. Y elegida esa capitalidad, habría que *europeizarla*, esto es, someterla a un régimen de total autonomía política del que, como de grano, naciese el orden del *Continente Europa*, con toda su arboladura o ramaje bien prendido a ese cepejón capitalicio. A nadar se aprende nadando: a europeizar, europeizando: Y desde ese centro o capitalidad de «Continente», no de provincia, ni de nación, ni de región o bloque, se verían las cosas de otro modo de como se ven ahora desde Estrasburgo, ciudad francesa, con todas las vibraciones sentimentales de Francia en su fibra y con la bruma de los temores y los prejuicios nacionales de Francia en su horizonte. Para atalayar el paisaje, hay que trepar a la cota más descollante; para abarcar a Europa, hay que escalar todos los escalones de sus soberanías nacionales y, llegado a la cima de la pirámide, como

Moisés a la divisoria del monte Pasga, se nos mostrará la «Tierra de promisión» de una Europa varia y bien tejida, a la bella manera de un tapiz, en que las diversas figuras se realzan y unas a otras se completan para formar la belleza del conjunto. Pues no perdamos de vista que el todo es antes que las partes, y que los miembros existen porque les viene del complejo orgánico la corriente vital y nutricia que los forma y conserva en su peculiar somática textura. La unidad política de Europa —y las otras unidades que las reflejan en diversos planos: la económica, la estratégica, la espiritual— vendrá, si viniese, del previo ensanchamiento, *a formato continental*, de las mentes que hayan de pensarla y de las voluntades que hayan de regirla.

BARTOLOMÉ MOSTAZA

